

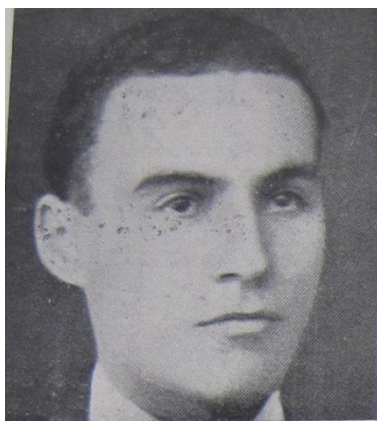
Un homenaje a don Francisco Sánchez de Sonseca (Teatro Principal, julio de 1980)

Resulta imposible librarse de la muerte, pero no del olvido. Es forzoso renunciar a la vida, pero no al recuerdo de aquellos a quienes conocimos. Son ideas que dan sentido a Memoria de Mora y que nos mueven a evocar —a intentarlo, cuando menos— a tantos morachos como son, como fueron, merecedores de ese recuerdo.

Es el caso de nuestro protagonista de hoy, don Francisco Sánchez de Sonseca Jiménez (1900-1982), alguien a quien las circunstancias parecían abocar a la irrelevancia, si no a la desdicha, pero que con tesón y talento logró sobreponerse a la adversidad hasta dejar entre nosotros una honda huella como artista y como hombre.

No es don Francisco para nosotros un completo desconocido. Tratamos ya aquí sobre él como autor del busto dedicado a Pablo Iglesias en septiembre de 1932 y como profesor del Instituto de Segunda Enseñanza en los años de la República. Pero hoy nos llega un valioso documento que amplía nuestro conocimiento sobre el personaje y, a la vez, da fe de un acto tan relevante como lo fue en su momento el homenaje que los morachos ofrecieron a Sánchez de Sonseca en el Teatro Principal el día 26 de julio de 1980, poco antes de su muerte.

Se trata de la intervención del profesor Félix Martínez de la Cruz, que reproducimos a continuación, con la edición del manuscrito que él mismo nos ha facilitado.



Don Francisco Sánchez de Sonseca en 1934
(Toledanos, I, núm. 2, Febrero 1934, p. 16)

Me es muy grato dirigiros la palabra en un acto tan significativo y meritorio para el pueblo de Mora como es el que hoy nos trae aquí. Permitidme que os lea estas líneas que humildemente he preparado.

Ya se ha hecho en otras ocasiones, pero no quiero comenzar sin antes poner de manifiesto la importancia que tiene para un pueblo recordar, rehabilitar, y, sobre todo, no olvidar: para que permanezca en la memoria común la labor que tantos hombres y mujeres realizan en silencio a lo largo de su vida.

Ha de ser un homenaje colectivo; personalizado, en este caso, en don Francisco Sánchez de Sonseca Jiménez, por haber vivido y trabajado entre nosotros, por dejarnos el reflejo de su esfuerzo artístico plasmado en sus obras, que son patrimonio de todos porque todos las admiramos.

Un homenaje a una persona que dedica su vida al arte no ha de ser un homenaje de esos a que nos tiene acostumbrados la televisión, con más ficción que realidad y más exhibición «para la galería» de unos «personajes» que aprovechan como pretexto para su lucimiento la memoria de personas abnegadas, serias y sacrificadas por un ideal, sea este el que sea.

Por eso, la Asociación Cultural Almazara, y yo en su nombre, se ha inclinado por un acto humilde y popular, que recobre para Mora el nombre y la obra de su hijo Francisco Sánchez de Sonseca Jiménez.

Don Francisco, *el escultor*, *el cojito*, apelativos por los que le han conocido algunos, era para muchos de nosotros un completo desconocido. Por esta razón, hemos intentado trazar una breve semblanza biográfica suya para que en este acto sepáis de él.

Nace con el siglo en el seno de una familia de jornaleros morachos. Fueron cinco hermanos, de los que aún vive la mayor, con 96 años.

De niño se le forma un tumor, que, al serle extirpado, le producirá una cojera permanente y la paralización de una parte de su cuerpo, pero no le afecta a los brazos.

Evidentemente, esta situación de disminuido físico le impedirá trabajar en el campo, como el resto de su familia: una carga para estos humildes jornaleros de principios de siglo.

En la casa, con sus hermanas, demostrará tempranamente sus aptitudes artísticas: dibujará para los ajuares de boda los modelos de bordado, tallará marquitos para cuadros, también de boda, que algunos todavía conservaréis de vuestros abuelos. Se atreve por entonces con una mesa tallada, pequeña, lo que demostrará a sus padres que el niño podría ser útil para algún trabajo o labor.

En una ocasión en que su padre le trajo la raíz de un olivo, él talló, sin ningún tipo de conocimiento artístico, un crucificado en el que la perfección de manos, pies y rostro contrasta con la ignorancia del trabajado del cuerpo humano, pero que sin lugar a dudas presagia un artista.

Una de sus hermanas queda viuda, a los pocos meses de casarse, estando embarazada. Da a luz una niña, que se convertirá más tarde, y hasta hoy, en una auténtica hija de don Francisco, al que ella consagra su dedicación y atenciones.

Manuel Cañaveral, médico local, pondrá en conocimiento del señor Cogolludo, dueño de La Peñuela y entonces secretario de la Diputación Provincial, la existencia de un firme valor artístico en la localidad. Los políticos morachos Robustiano Cano y Manuel Martín del Campo, enterados del caso, pondrán empeño de mecenas para que la Diputación Provincial subvencio-

ne a Francisco Sánchez de Sonseca y este pueda emprender los estudios sobre arte. Le consiguen una beca de cuatro pesetas diarias e ingresa en la Escuela de Artes y Oficios con el fin de efectuar unas pruebas que le den el acceso a la Escuela Superior de Bellas Artes.

Cuenta el homenajeado una anécdota sobre un dibujo de la cabeza de Beethoven, como prueba de que «sudó la gota gorda» para sacarlo adelante, ya que no conocía ningún tipo de normas de proporcionalidad y trazado de la figura humana, pero que superó a los pocos días, cuando uno de los profesores se lo explicó.

Ingresa en la Escuela de Bellas Artes en 1927, siendo el de mayor edad de los 37 alumnos de un curso de los que solo cuatro serán escultores. Terminará en 1931, con 31 años.

Acabada la carrera, vuelve a su pueblo, donde en 1932 pasará a formar parte de la plantilla de profesores que, respaldados por el Ayuntamiento republicano, inaugurarán el Instituto de Segunda Enseñanza de Mora. Será el director D. Isidoro Fernández Uribe, y profesores, entre otros, Compasión Díaz, Manuel Cañaveral, José Vega (después gobernador de Toledo), Eusebio Fernández Lumbreras, el farmacéutico José Larrazábal, etc.

El sueldo era mísero, pues se limitaba a la gratificación del Ayuntamiento, hasta que en 1933 ingresa en el cuerpo de profesores titulares del Ministerio de Instrucción Pública y es nombrado para el Instituto de Trujillo, antes de ser reclamado por sus paisanos, alumnos y amigos, toda vez que el Instituto de Mora, en ese mismo año, pasará a depender exclusivamente del Ministerio.

Aquí, en su pueblo, y hasta el estallido de la contienda civil, ejercerá como encargado de curso oficial en la asignatura de Dibujo. Durante la guerra seguirá impartiendo clases desinteresadamente.

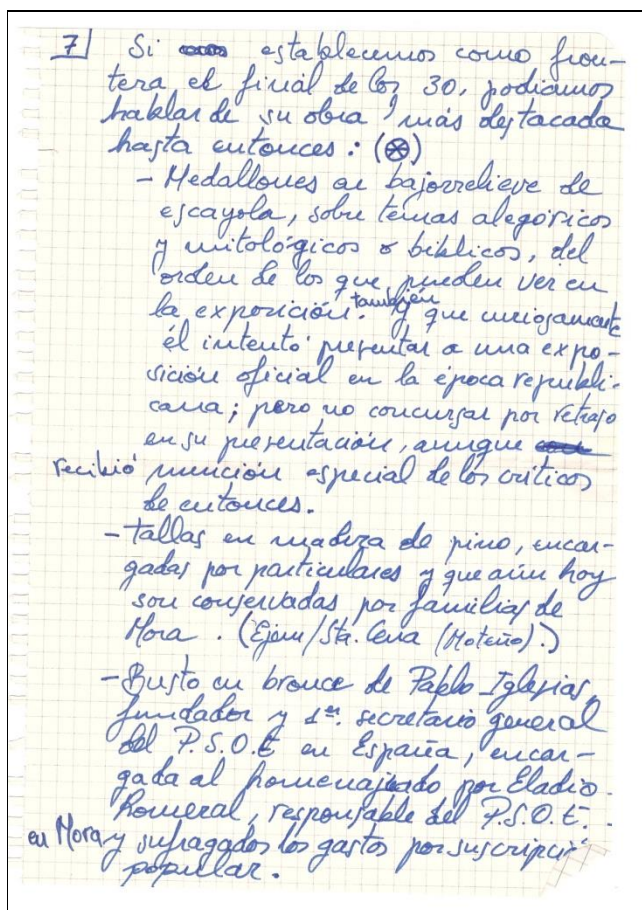
Si establecemos como frontera el final de los años treinta, destacan hasta entonces en su obra:

—Sus sencillos trabajos en madera de peral, pino y olivo, que desde la infancia inundarán su casa, y de los que tenéis una muestra en la exposición aquí afuera. Me refiero al crucifijo y al relieve tallado de *El entierro de Cristo*.

—Medallones en bajorrelieve de escayola sobre temas alegóricos, mitológicos o bíblicos, del estilo de los que también pueden verse en la exposición. Los presentó a una exposición oficial en la época republicana, pero no fueron admitidos a concurso al ser entregados fuera del plazo fijado; no obstante, recibió mención especial de los críticos de entonces.

—Tallas en madera de pino encargadas por particulares y que aún hoy son conservadas por familias de Mora. Un ejemplo es *La Santa Cena*, propiedad del Moteño.

—Un busto en bronce que representa a Pablo Iglesias, fundador y primer secretario general en la historia del PSOE, encargada al homenajeado por Eladio Romeral, responsable en Mora de este partido y sufragada por suscripción popular.



Hoja manuscrita del texto de Martínez de la Cruz

Refiere don Francisco hoy en día el grave problema del artista entonces, escultor en este caso, que, enamorado de la plasmación en materiales nobles de la figura humana, no puede realizarla por falta de modelos. Se trata de un problema de normas y valores sociales establecidos en los pueblos, más en aquellos años, pero también en la actualidad.

Al término de la década de los treinta, y por tanto de la guerra, comienza una época distinta para toda la sociedad española en general y para Mora en particular. Desaparece el Instituto de Segunda Enseñanza y don Francisco ha de cambiar de vida, pues no le es posible continuar como docente en su pueblo, y, por supuesto, no cobra del nuevo Estado. Para sobrevivir, y con la colaboración de Joaquín Martín-Albo, uno de sus discípulos, se dedicará a pulir lápidas de cementerio, tallar algunos encargos de panteones (figuras religiosas, de santos...), más tarde, a hacer tallas en madera para iglesias de pueblos cercanos (Urda, Villasequilla, Manzaneque...), y hasta hace bien poco, con su fiel discípulo Joaquín, a restaurar imágenes antiguas.

¿Qué obras destacaríamos en esta segunda etapa, o sea, a partir de los cuarenta?

—Lo más interesante es la imaginería, y, sobre todo, su gran obra: *La Virgen del Pilar*, en la iglesia.

—Un *San Francisco* en madera, verdadero estudio de las formas humanas, de gran armonía y expresividad, tallado en pino.

—Asimismo, una *Virgen* barroca, que los expertos dataron como auténtica.

Todo esto lo tenéis ahí afuera, resumido, y podéis apreciarlo.

Pero, si me permitís, me tomaré la libertad de hacer un juicio personal —precipitado y, por supuesto, relativo— de este hijo de Mora al que yo había conocido en mi infancia y con el que, desgraciadamente, no entablé una relación que me hubiera permitido aprender algunas cosas, quizá muchas.

Estamos ante un hombre sencillo, humilde, tal vez atormentado en sus adentros a causa de sus limitaciones físicas, pero con una capacidad de asimilación del sentir humano y de sus rasgos externos que acertó a plasmar en su obra, una obra que evita cuidadosamente la reproducción en beneficio de la recreación. Ante un artista enamorado de la armonía y belleza de las formas del cuerpo humano, tal y como apreciamos en la naturalidad de los desnudos representados en esos medallones en escayola; un artista que no cae en esa falsa vergüenza *jesuítica* (con perdón) característica de los años de esa segunda época que antes enuncié, en la década de los cuarenta, y que impidió la expresión artística en favor de una supuesta religiosidad.

En consecuencia, me atrevería a calificar a Francisco Sánchez de Sonseca Jiménez de *humanista* en lo que respecta a su estudio, profundización y admiración del ser humano, y de *liberal* en el trato social, en sus relaciones, en sus amistades, en las que no hay reparos ni sectarismos y sí cercanía y apertura a todos los talentos políticos y religiosos.

¿Qué más podíamos pedir los morachos a un hombre que tan alto deja nuestro pabellón y que a todos nos enorgullece?

El texto manuscrito se conserva en un sobre con esta inscripción en su cara anterior:

«Del homenaje a Don Francisco/ (26-VII-80)/ Teatro Principal (Mora)».

Y con esta otra en su cara posterior:

«Grupo Almazara./ Intervino Félix/ Martínez./ Estuvo el Alcalde que habló./ Se le pidió la calle y el/ Alcalde dijo que sí./ Este fue premio extraordinario fin/ de carrera con un bajorrelieve en/ escayola sobre temas mitológicos./ Juan de Ávalos fue compañero de/ él en ese curso».

